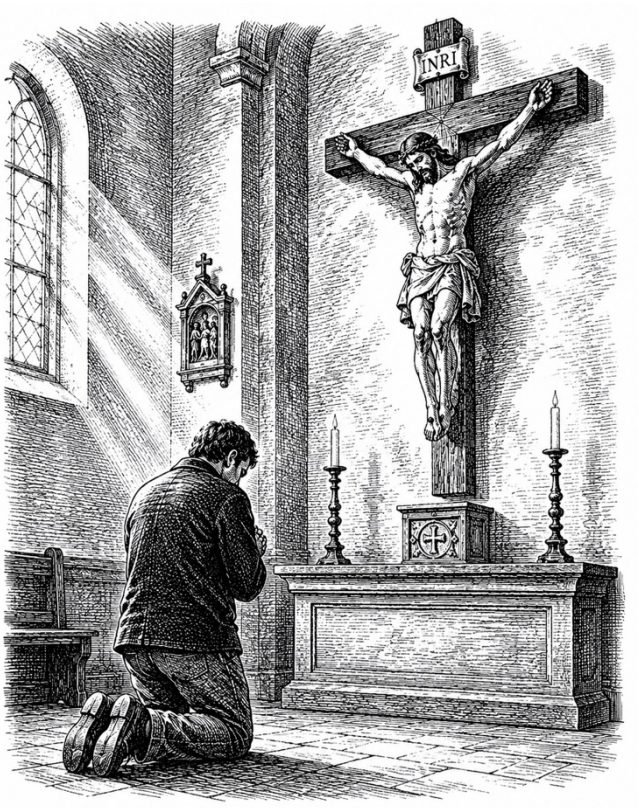
Al Amparo de San José

Nº 007 Junio de 2026

1. Doctrina

¿Por qué cuesta tanto creer hoy?



Muchas personas imaginan que la pérdida de la fe se debe principalmente a los avances de la ciencia o a la falta de argumentos religiosos. Sin embargo, la realidad suele ser otra. A lo largo de los siglos, hombres muy inteligentes han creído en Dios y otros igualmente inteligentes lo han rechazado.

La dificultad más profunda de nuestro tiempo parece provenir de una costumbre: vivir como si Dios no existiera. Cuando todo se mide por la utilidad inmediata, el placer o el éxito material, las realidades invisibles terminan pareciendo lejanas.

La fe no es sólo una conclusión intelectual. Es también una disposición del alma para escuchar a Dios. Por eso, muchas veces la fe comienza a crecer cuando una persona vuelve a rezar, a guardar silencio, a examinar su conciencia o a participar con devoción en la Santa Misa.

Dios sigue hablando. El problema suele ser que vivimos rodeados de tanto ruido que ya no percibimos su voz.

2. Liturgia

Las excusas que alejan de Dios

El Evangelio del II Domingo después de Pentecostés nos presenta la parábola de un hombre que preparó un gran banquete e invitó a muchos comensales. Sin embargo, cuando llegó el momento, comenzaron las excusas.

Uno tenía que ocuparse de unas tierras. Otro debía atender unos negocios. Otro alegó asuntos familiares. Ninguno de aquellos motivos era malo en sí mismo. Lo grave fue que todos colocaron esas cosas por encima de la invitación recibida.

La parábola sigue siendo actual. Muchos hombres no rechazan a Dios por odio o incredulidad. Simplemente están demasiado ocupados. Siempre hay algo que hacer, algo que comprar, algo que resolver o algún entretenimiento que atender.

Poco a poco, la oración se posterga, la Misa se descuida y la vida espiritual queda para más adelante.

Nuestro Señor nos recuerda que el Reino de Dios es un don inmenso que no debe ser relegado a los últimos lugares de la vida. Las ocupaciones terrenas son necesarias, pero ninguna debería impedirnos responder a la invitación de Dios.

3. Familia

El peligro de vivir siempre apurados

Nunca hubo tantos medios para ahorrar tiempo y, sin embargo, muchas familias sienten que tienen menos tiempo que antes.

Se corre de una actividad a otra, de una pantalla a otra, de una obligación a la siguiente. Poco a poco se vuelve difícil conversar con calma, compartir una comida o simplemente estar juntos.

Las familias no se destruyen solamente por grandes conflictos. A veces se debilitan porque dejan de convivir verdaderamente.



Unos minutos de conversación sincera cada día valen más que muchas horas de presencia distraída. Los hijos recuerdan menos los regalos que reciben que el tiempo que sus padres les dedicaron.

La familia cristiana necesita volver a encontrar momentos de silencio, de oración y de encuentro. Allí crecen los afectos más duraderos.

4. Sociedad

Recuperar la palabra dada

Una de las riquezas más grandes que puede poseer una persona no se encuentra en su cuenta bancaria ni en sus bienes materiales. Es la confianza que inspira en quienes la rodean. Cuando alguien tiene fama de decir la verdad y de cumplir lo que promete, abre puertas, crea amistades duraderas y contribuye silenciosamente al bien común.

Durante siglos, gran parte de la vida social se apoyó sobre esta confianza. Muchos acuerdos se cerraban con un simple apretón de manos. La palabra empeñada tenía un valor que todos reconocían. No porque los hombres fueran perfectos, sino porque sabían que la convivencia se vuelve imposible cuando nadie puede confiar en nadie.

Hoy vivimos una situación diferente. Son frecuentes las promesas incumplidas, los compromisos asumidos sin verdadera intención de cumplirlos y las excusas que buscan justificar cualquier falta de responsabilidad. Poco a poco, esta actitud genera sospecha y desconfianza. Las personas comienzan a protegerse unas de otras porque ya no están seguras de que la palabra dada tenga algún valor.

Sin embargo, toda sociedad sana necesita apoyarse sobre la verdad. Una familia, una amistad, un comercio, una escuela o una nación no pueden sostenerse únicamente mediante reglamentos y contratos. Siempre existe un elemento más profundo: la confianza mutua.

Por eso el cristiano debe distinguirse por la sinceridad y la rectitud. Nuestro Señor enseñó: «Sea vuestro hablar: sí, sí; no, no». Estas palabras parecen sencillas, pero contienen una profunda enseñanza. Quien procura vivir de ese modo se convierte en una persona confiable, capaz de sostener relaciones humanas sólidas y de dar buen ejemplo a los demás.

Cumplir lo prometido, respetar los horarios, reconocer los propios errores y mantener la palabra empeñada son virtudes aparentemente pequeñas. Sin embargo, son precisamente esas pequeñas fidelidades las que sostienen la vida social y hacen más humano el mundo en que vivimos.

5. Anécdota histórica

El reloj del rey

Se cuenta que San Luis IX, rey de Francia, tenía un consejero que le recordaba constantemente la importancia de los asuntos del reino.



En cierta ocasión, mientras se preparaba para asistir a los oficios religiosos, alguien le comunicó que había llegado un asunto político urgente que requería su atención inmediata.

El rey preguntó si aquello podía esperar un breve tiempo. Al recibir una respuesta afirmativa, continuó su camino hacia la iglesia.

Algunos quedaron sorprendidos y uno de ellos comentó que los asuntos del reino debían ocupar el primer lugar.

San Luis respondió serenamente que precisamente porque deseaba gobernar bien el reino, debía comenzar por cumplir primero con Dios.

Los deberes terrenos son importantes. Pero cuando Dios ocupa el lugar que le corresponde, todo lo demás encuentra también su verdadero orden.